

Los Ases del Toreo

por UNO AL SESGO



**Victoriano
Roger
y Serrano**

Valencia II

:: EDITORIAL LUX ::
Aribau, 26 : Barcelona

30 cts.

Victoriano Roger y Serrano

VALENCIA II

*A Alfred Degehil, notable
aficionado y muy buen amigo.*

EL AUTOR.

I

Nos hallamos en presencia de un matador de toros que torea muy poco, o casi nada, con la mano izquierda y que por lo tanto, al decir de los *clásicos*, no debiera merecer atención alguna de los aficionados; y, sin embargo, lo que son las cosas, entre la afición goza de un cartel preeminente y su papel se cotiza a los más altos precios.

Y es que torear con la mano izquierda es una cosa excelente, sobre todo cuando se torea bien, y nadie más partidario que yo de ese toreo; pero hay algo que es más excelente todavía, y es torear a gusto del que paga, y el que paga recibe gusto cuando en el toreo ve arte, encuentra emoción y nota algo en el diestro que lo separa de lo corriente, en una palabra, cuando descubre en él personalidad, tanto mejor cuanto más destacada.

En eso, y en nada más que en eso, estriba el secreto de haberse encaramado este Victoriano Roger a las alturas del escalafón, sin torear con la izquierda... como mandan los sobados cánones.

LOS ASES DEL TOREO

Un valor muy grande derrochado de un modo muy personal, con un arte muy personal estaría mejor dicho, que da a sus lances un sello inconfundible, a sus *parones* un carácter peculiar, exclusivo, propio, hacen de él un torero que se sale de lo corriente y ordinario, y eso le basta, no necesita más, para justificar su puesto elevadísimo en la torería actual.

Conste que al decir «eso le basta» no hago más que afirmar un hecho, y en modo alguno que yo le exima de otras obligaciones, porque, no hay que coger el rábano por las hojas, al defender yo, ahora y antes, el toreo de muleta con la derecha, no he pensado nunca en posponer y menos en denigrar el toreo con la izquierda; lo que hago es reconocer también a aquel su mérito y reirme cuando los *clásicos* dicen que sólo con la zurda se puede torear, lo mismo que cuando afirman, con una seguridad cien veces cómica, que no son *pases naturales* los que con la de cobrar se dan. Dijeran que el *natural por bajo con la izquierda*, es el natural por antonomasia y que tiene más mérito que el que se da con la derecha, y nada tendríamos que oponer, pero que le nieguen el calificativo de *natural*, es una demostración de lo que puede la rutina cuando va aliada a la pereza mental y a la ignorancia.

Los pases de muleta en su origen eran dos: el *natural* y el *de pecho*. El natural, con la izquierda o con la derecha, por bajo o por alto, es aquel en que se le presenta al toro la muleta en la forma *natural* o *regular*, esto es, por la parte anterior o anverso, mientras que para el de *pecho* se le ofrece por la posterior o reverso. No había más pases, ni se les daba otros nombres que esos dos, en los tiempos del toreo clásico.

¿Se quiere una autoridad? Creo que es indiscutible la de Francisco Montes, *Paquiro*. Pues bien, en su *Tauromaquia completa o sea el Arte de Torear en*

Plaza, tanto a pie como a caballo, en la página 156, de la primera edición, Madrid, Imprenta de D. José María Repullés, 1836, se lee:

«Para pasar al toro con la muleta se sitúa el diestro como para la suerte de capa, esto es, en la rectitud del él, y teniendo aquella con la mano izquierda y hacia el terreno de afuera: en esta situación lo citará, guardará la proporción de las distancias con arreglo a las piernas que le advierta, lo dejará que llegue a jurisdicción y que tome el engaño, en cuyo momento le cargará la suerte y le dará el remate por alto o por bajo... etc.»

Quedamos, pues, en que hay pases naturales o regulares por alto.

«A este modo de jugar la muleta se llama *pase regular*, para distinguirlo del de *pecho* que es aquel que es preciso dar en seguida del *pase regular* cuando el toro se presenta en suerte y el diestro no juzga oportuno armarse a la muerte. Digo que es preciso dar entonces el *pase de pecho* por que el salirse de la suerte y buscar otra vez proporción para el *pase regular* es deslucido, pues da idea de miedo o de poca destreza, y el cambiar la muleta a la mano de la espada para que estando en el terreno de afuera dar el *pase regular*, aun cuando no es mal visto no es tan airoso»...

En resumen: en 1836, hace 89 años, «Paquiro» admitía el *pase regular dado con la mano de la espada* y asimismo que ese pase se podía rematar por *alto* o por *bajo*. ¿Qué contestan a esto los *clásicos*, que suponen una «baladronada modernista» lo del pase natural con la derecha?

Si el espacio no me faltara, es decir, si el que tengo pero he de dedicar al torero que es objeto de estas cuartillas, pudiera emplearlo en disquisiciones a que mi gusto me lleva, ocasión sería esta de sacar otras

LOS ASES DEL TOREO

enseñanzas de la cita que acabo de transcribir, y poner de relieve lo que era el natural clásico y lo que le diferencia del actual, y el papel que entonces desempeñaba la muleta y que ahora desempeña; pero no es posible y he de conformarme con decir que tal cambio ha sufrido la técnica en la tauromaquia que resulta verdaderamente absurdo que se quieran hacer prevalecer principios, que bien olvidados están, con el solo objeto de denostar el toreo moderno a cien codos por encima del antiguo.

Cuarenta y tres años de revistero de toros creo que me dan alguna autoridad para hacer la afirmación de que con Joselito y Belmonte ha llegado la tauromaquia a una altura que no pudieron soñar de Pedro Romero a *Lagartijo*, ninguno de los grandes toreros que en ese largo período brillaron.

Es que el toro... este torito de ahora...

¿Es al torito de ahora al que debemos el que el toreo haya evolucionado por los derroteros que le han conducido a ese momento cumbre que es la época de Joselito y Belmonte, de la substancia de los cuales sigue aún viviendo la fiesta?

Pues si es ese torito, ¡viva el torito de ahora! y bien desaparecido está el toraco de las no sé cuantas arrobas, y de los no sé cuantos metros de pitones, con que la imaginación calenturienta de unos señores que ante todo proclamaron la seriedad de las corridas y las quieren ejercicio de machos, sueñan, sin duda porque para «machos» nada les parece mejor que «mulos» y por los mulos suspiran.

Lo único que hay de verdad en todo esto es que el toro actual, generalmente, es más fino y más bravo debido a la selección que han venido haciendo los criadores... Pero de eso queda mucho por decir y no es esta la oportunidad de hacerlo. Ya se presentará y con textos en la mano probaré todo lo que aquí no hago más que apuntar.

No trato de convencer ni con lo que haga entonces ni con lo que digo ahora a los que, aferrados a sus ideales, se duelen de que hoy sea la fiesta española un espectáculo al que acude el público con la intención de divertirse y cuando lo logra le importa poco si es con lances *clásicos, románticos... o dadaístas*; me dirijo al lector en general, que sin prejuicios asiste a las corridas y cuando *Valencia II* le emociona con una faena de muleta, no se agua el vino gustoso que está saboreando, para gritar, atendiendo a sugerencias de los CLASICISTAS: «¡Con la izquierda!». A esos me dirijo y para ellos escribo, aunque no pierda la oportunidad de hacer resaltar la... *¿cómo lo diré sin molestarlos?... la... inconsecuencia... la incongruencia... la... en fin... lo que sea de los otros* (1).

Sí *Valencia II* toreara de muleta más con la izquierda, y así como con frecuencia da el pase natural por alto con esa mano, intercalara otros por bajo siempre que tuviera ocasión, mejor sería, sería mucho mejor, porque en alternar ambas manos, hay una gran ventaja, por la variedad que se le da a la faena,

(1) Escrito esto, y mi estimado colega y amigo Don Ventura está ahí y no me dejará mentir, leo en «El Eco Taurino» un artículo, en el que con tono doctoral y categórico se niega la existencia del «pase natural con la derecha».

No sé quien es el autor de semejante majadería, sólo sé que se trata de un señor que no sabe lo que se dice. Probado queda que Montes el año 1836 habla de ese pase; el buen sentido dice que siempre que se ha escrito: «un pase con la derecha», al pase natural con esa mano se ha referido el escritor, haciendo uso de una elipsis que es frecuentísima en nuestra habla. Todo el mundo pide «un café», «un limón», y no hay camarero que no entienda «una taza de café» y «un vaso de limón». La única excusa que tiene el autor del artículo es la autoridad en que se ampara: ¡Don Eduardo Rebollo!

Podrá discutirse el mérito del «pase natural con la derecha» en nombre de un clasicismo (!!!) que tiene la gra-

LOS ASES DEL TOREO

y hasta por razones de conveniencia para el diestro que, aunque a él sólo incumben, da mejor idea de su arte, y aquí empleo la palabra arte en su genuína acepción de técnica; pero de que un torero se acomode más bien a muletear con la derecha, si con ella produce la emoción que el artista se propone, habrá conseguido todas las finalidades, pues la intrascendencia de este bello ejercicio que es la tauromaquia hace que todo empiece y acabe en una impresión momentánea, inconsistente, que no tiene luego ni mañana, ni aun siquiera en el recuerdo que la imagina-

cia por arrobos, pero que ese pase existe, como existe «el natural por alto» y «el natural por alto con la derecha», eso sólo lo puede negar un discípulo de El Tío Campanita, el cual fué sin duda un aficionado muy entendido, pero que distó mucho de ser un mediano escritor y conocer el buen empleo de los términos técnicos, contribuyendo no poco a la algarabía que en el vocabulario taurómico se ha ido introduciendo por el afán de inventar caprichosamente lo que por falta de lectura les es desconocido.

¿No asegura crítico de tanto «tronío» como Corinto y Oro que «el terreno del toro es desde el tercio a los medios»? ¿Puede ignorar cosa tan rudimentaria, como es esa de los terrenos del toro y el torero, un señor que ejerce la profesión de revistero taurómico en un gran diario de Madrid? Pues sí, lo puede y en nada le perjudica. Y hasta probablemente, si alguien le replicara que el terreno del toro es el que se extiende de donde el animal está a los medios, y el del torero desde donde éste se encuentra hasta la barrera, no le faltarían sofismas para probar, que su dicho era lo exacto.

En el mismo libro donde esto he leído, Charlas Taurinas, afirma también el notable revistero que cambio y quiebro en banderillas son una misma cosa, esto después de asegurar que ha leído a Montes (que ni habla, ni puede hablar de las banderillas «al quiebro») y a Sánchez de Neira. Para afirmar la igualdad del cambio y el quiebro, se funda el querido amigo en que él ha visto, ¡Dios le conserve la vista! que al banderillar en una u otra forma el torero señala al toro la salida por un lado y se la da por otro. Si realmente hubiera visto esto Corinto y Oro, serían

ción se encarga de deformar bien pronto, agrandándolo o achicándolo según obren sobre ella nuestras exaltaciones o nuestras depresiones.

Técnicamente, y para los técnicos, una suerte tendrá un valor determinado, pero sólo para los técnicos o los que se pongan al nivel de tales, y para ellos dicha suerte, es desde el punto de vista del oficio, trascendente; pero la masa de espectadores, juzgará por la impresión que le produce y nada más, y un lance en el que haya mayor exposición y de ella salga airoso el diestro, cuanto más airoso mejor, adquirirá un mérito extraordinario, tanto más extraordinario cuanto mayor haya sido la angustia que el riesgo corrido le haya causado, y por lo tanto mayor sea la satisfacción que experimente al verse libre de ella. A

«banderillas al cambio», pero como no ha visto nunca, NUNCA, ni él ni nadie, semejante cosa, sino darle a la res la salida por el mismo lado que se le señala, de ahí que sean «banderillas al quiebro» y no «al cambio». Para ejecutar «el cambio» se necesita un engaño, capote o muleta, y no hay forma de darlo a cuerpo limpio ni con banderillas.

¡Pero si fuera eso sólo!

No hace mucho don Gregorio Corrachano, o sea la vulgaridad hecha literatura, «tirando» de erudición, a propósito de haberse presentado Sánchez Mejías en la plaza de Sevilla a banderillar un toro, evocaba nada menos que al Cid Campeador, cuando—según un romance de don Nicolás F. Moratín, según ese romance nada más—, se presentó en la PLAZA MAYOR DE MADRID a alancear un toro, es de suponer que con gran asombro de Felipe III que, de bronco y todo, debió extremecerse ante la osadía de aquel jinete que se atrevía a competir con él en semejante recinto... ¡cinco siglos antes de haber sido edificado!

Yo no creo que haya necesidad de estudiar tauromaquia, ni siquiera historia, ni siquiera nada, aunque sólo sea porque, como dijo Salomón, el que acumula ciencia acumula trabajo; pero empeñarse en saber cosas sin haberlas estudiado me parece insigne insensatez, aun tratándose de seres de inteligencia e ingenio desmesurados.

LOS ASES DEL TOREO

eso queda reducido todo el espectáculo; esa emoción, esa angustia, y esa liberación es lo que en el espectáculo buscan con avidez los aficionados, en el sentido estricto de la palabra. Todo lo demás son zaran-dajas... que los otros aficionados, «los buenos aficionados» cultivan, con grave perjuicio de su deleite y diversión, confundiendo sus intereses con los del profesional y empeñándose en ver con ojos de profesional lo que para ellos tiene un aspecto muy diferente.

¿Emociona, angustia, y nos libera luego, con un remate feliz y airoso, de esa impresión, una faena de muleta de Victoriano Roger, aunque sólo haya empleado muy parcamente la mano izquierda? ¿Sí? Pues ha cumplido entonces con su deber de artista taurómaco.

Y porque cumple con él, de ahí su fama, de ahí su renombre, de ahí que sea entre los actuales uno de los toreros favoritos de los públicos.

Y a esa conclusión queríamos llegar, y hemos llegado, aunque haya sido por sendas y vericuetos que un cierto interés me ha hecho recorrer, guiado por ese afán que me domina de que el buen sentido prevalezca.

Ahora entremos en materia.

II

Victoriano Roger y Serrano nació en Madrid el 18 de diciembre de 1898.

Hijo de valenciano, de aquel que fué notable banderillero de la cuadrilla de Manuel García, *Espartero*, y se llamó José Roger, *Valencia*, de su padre heredó la sangre torera y el apodo, que comparte con su hermano Pepe, el excelente matador de toros actual.

Nacido y criado en un ambiente taurino, no es que en él se desarrollara la afición por esas circunstancias, sino que en ser lidiador de reses bravas debió pensar desde que la idea de su futuro destino pasara por su mente. Entre las perspectivas reducidas que el porvenir le ofreciera, ninguna podía halagarle tanto ni ninguna le podía parecer más adecuada para él.

Como para seguir esta profesión los aprendizajes son varios, *Valencia II* no siguió el de las capeas y tentaderos, que tantos autores preconizan, y como, *Saleri* (Juan Sal), Fausto Barajas, Ignacio Sánchez Mejías, Gil Tovar y quién sabe algunos más, se inició en la tauromaquia como *mono sabio* o mozo de plaza, en la de Madrid, donde permaneció desempeñando ese oficio durante ocho años, desde los doce a los veinte.

En ese interregno, siendo todavía un chavalillo, en una becerrada matinal a beneficio de los panaderos, celebrada en la plaza de Madrid, se echó al ruedo, toreó y mató con extrema valentía, pero un

LOS ASES DEL TOREO

becerro vengador de su difunto hermano lo entrampilló y le produjo una herida en la ingle, bautismo de sangre de este torero y primera herida de una serie de catorce que hacen de su cuerpo un muestrario de zurcidos.

Ya el año de 1916, vistió el traje de luces para torear en la plaza de Vista Alegre, de Carabanchel, alternando con Paquito Torres y Juan Luis de la Rosa. Fué esto el 15 de mayo. Otra corrida toreó seguidamente en la misma plaza, alternando con Vicente Pastor II.

El 31 de diciembre de ese año, en una de las corridas invernales organizadas por una empresa subarrendataria formada por los señores Rodríguez y Argomániz, este último el actual apoderado de Victoriano, se presentó éste en la plaza de toros de Madrid, para matar un novillo de don Félix Sanz, alternando con *Madriles*, *Faroles* y *Mora*, y todo lo que *Valencia II*, pudo demostrar esta tarde, según el «Maestro Banderilla», fué «más maneras que los otros» compañeros.

Indudablemente el muchacho no estaba todavía en condiciones por entonces para torear en Madrid y así lo comprendió él, que quiso «ponerse» en fiestas de menos compromiso.

El año 1917 rodó durante tres meses por los pueblos y estas han sido las únicas capeas en que ha tomado parte.

En Zarza la Mayor (Cáceres) ese mismo año figuró como sobresaliente de su hermano Pepe que había de matar dos novillos cada tarde—pues eran dos las fiestas—y uno el sobresaliente; pero éste, el primer día, anduvo tan prudente durante toda la corrida que el público acabó por darse cuenta de su pasividad y empezó a meterse con él con la mayor dureza. Todo inútil. Victoriano no se dió por aludido y tuvo Pepe

que cargar con el novillo que a su hermano le tocaba estoquear.

Acabó la corrida, llegaron a la posada y cuando la cuadrilla se presentó en el comedor a despachar una abundante y sabrosa cena, ya el joven sobresaliente, a quien las emociones de la tarde no habían hecho más que abrir de par en par el apetito, se hallaba sentado a la mesa esperando que su hermano llegase para portarse como bueno en la lidia de unos succulentos pollos con tomate, ya que en la de los novillos no lo había hecho.

¡Más hubiera valido que no esperara a Pepe!

Llegar éste, encararse con Victoriano y exclamar lleno de indignación:

—¿Qué haces ahí? ¡Los que se visten de torero y no se arriman, no pueden comer con los toreros de verdad! ¡Vete a la cama sin cenar!

Y a la cama se fué el buen Victoriano, hambriento y abochornado, y pensando atrocidades para el día siguiente.

Pero al día siguiente, el alcalde se oponía a que el sobresaliente, que tan poco había sobresalido en la fiesta anterior, se presentase en la plaza, pues el público estaba muy irritado con él.

Las súplicas de *Valencia II* y sus promesas de que se desquitaría, así como las de *Valencia I*, de que él supliría, en todo caso, las deficiencias de su hermano, ablandaron a la autoridad municipal, y Victoriano se vistió de torero.

¡Y se ganó la cena! ¡Vaya que se la ganó! ¡Y con todos los honores!

Tantas cosas les hizo a los novillos, tan valiente estuvo, que a pesar de haber pinchado al que le tocó matar una docena de veces con su correspondiente docena de volteretas, en hombros lo llevaron a la posada los que el día anterior lo querían matar.

Y muy digno el hombre, así que estuvo en su cuar-

LOS ASES DEL TOREO

to, se desnudó y se metió en la cama, y cuando fueron a avisarle que bajara a cenar, hizo saber al emisorio que si su hermano no iba por él, no cenaba aquella noche tampoco.

Pepe, presidiendo a la cuadrilla tuvo que personarse en el cuarto de Victoriano, que en previsión de este desenlace se había vestido, y en volandas al son de una marcha, lo condujeron triunfante al comedor.

Esto tal vez haría pensar al joven torero que, decididamente, para comer en el oficio a que se había metido era preciso arrimarse. ¡Y por fortuna para él, todavía no lo ha olvidado!

En 1918, toreó tres novilladas en Tetuán de las Victorias, se presentó en la plaza de Zaragoza y actuó en algunas otras, empezando a destacarse su figura como novillero.

De nuevo reapareció en la plaza de Madrid el 6 de abril de 1919 para estoquear dos novillos de la Vda. de Soler, alternando con *Carnicerito* y Ernesto Pastor. En general gustó el que podía considerarse como debutante y se le apreciaron cosas de buen torero, especialmente con la muleta.

El 4 de mayo se presentó en Barcelona, con su hermano Pepe y Manolo Gracia, para matar novillos de Benjumea.

Los toros fueron mansos, pero el muchacho, al decir de mi amigo *Franqueza*, demostró que «maneja bien el capote y la muleta, y está lleno de buena voluntad».

En Madrid, no obstante la actitud de una parte del público que no le perdonaba al novillero movimiento mal hecho, fué sin duda el que más toreó aquella temporada y en las dos siguientes, como asimismo en las principales plazas de España, en todas las cuales consolidó un gran cartel por su valor seco y su arte personalísimo.

En 1919 toreó 25 novilladas; en 1920, 27; en 1921, 14, hasta la alternativa.

Al terminar su campaña novilleril, dijo cierto crítico ocupándose de ella:

«Es uno de los artistas que han logrado sumar mayor número de amigos, como igualmente de enemigos.

Se le ha discutido mucho y se le discutirá más.

Es un torero que puede colocarse.

Como novillero, no ha toreado lo que debió torear, dados sus méritos. Mereció mejor acomodo por parte de las Empresas.

Quizás haya obedecido a flaquezas y debilidades de carácter o a faltas de buena administración al uso moderno. En Madrid se ha exhibido mucho y en provincias poco.»

Otros al hacer esta misma observación, lo atribuyeron todo al «carácter» del diestro. De eso hablaremos luego. Aquí sólo dejamos consignado que es unánime la opinión de que Victoriano *Valencia*, debió haber toreado más de novillero por reunir méritos sobrados para ello.

Y con esa aureola llegó a la alternativa.

Fué ésta en la plaza de Madrid, el 18 de septiembre de 1921, el malogrado Manuel Granero, le cedió el primer toro de Darnaude (antes Gregorio Campos), llamado «Cigarrito», número 3, negro zaino, de buen tipo, al que mató de dos pinchazos entrando recto y bien y media superior, todo lo cual fué premiado con ovación y vuelta al ruedo. En el sexto, al que había pinchado bien, no tuvo suerte en el descabello, y fué avisado.

El tercer espada en esta corrida fué *Joseíto de Málaga*.

La temporada de 1921 la terminó con tres corridas de toros.

En 1922 toreó 30 corridas y mató 62 toros, y de

LOS ASES DEL TOREO

su campaña en este año se lee en *Toros y Toreros en 1922*:

«Formidable ha sido el avance que ha dado durante la temporada de 1922 este lidiador madrileño, cuyo nombre ocupará seguramente uno de los primeros lugares entre los que más toreen el próximo año.

»Habiendo logrado enmendarse no poco en su especial manera de ser, que tan perjudicial le era, los públicos han empezado a prescindir de sus simpatías o antipatías al juzgar la meritísima labor de *Valencia II*, a quien ha visto progresar de un modo extraordinario en la ejecución de varias suertes del toreo, especialmente en las de capa. Hoy, en efecto, *Valencia II* es uno de los toreros que con más arte y mayor valentía ejecutan la verónica, no siendo de los que han necesitado caer en afectaciones de estilo para exagerar la nota de emoción.

»Quizás haya perdido algo con la muleta, debido en gran parte a su afán de matar pronto, que le impide aprovechar bien las condiciones de los toros buenos que le corresponden.

»Con la espada, y no por falta de decisión, está peor; pero no le será difícil llegar a dominar lo que ahora no le resulta fácil.

»Con su valor a prueba, con su afición, con sus enormes deseos de ser torero, y ya en camino de corregirse totalmente de ciertos defectos personales, que le hacían aparecer como un tipo que se moviera siempre a impulsos de un orgullo de que realmente carece, *Valencia II* será probablemente, si circunstancias imprevistas no se oponen a ello, torero de medio centenar de corridas a media docena de miles de pesetas cada una.

»Y se me antoja que todavía me quedo demasiado corto. . .»

Así hablaba Luis Uriarte de la campaña de Victoriano Roger en el año que nos ocupa.

Su actuación en Sevilla por la Feria de San Miguel y en las plazas del Norte durante el verano, hicieron subir su cartel desmesuradamente.

De ello es reflejo lo que al acabar la temporada decía *Eco Taurino*, Helo aquí:

«Cuando Victoriano fué a torear a Sevilla por ferias de San Miguel, su padre, el señor Pepe Valencia, el torero de recio estilo y maestro de maestros, le decía, a modo de consejo:

—Hijo mío, Dios quiera que los toros te embistan recto.

Y el mozo, también de recio temple, conociendo la buena intención de la despedida, le contestaba con la firme resolución del convencido:

—Padre, si no embisten, embestiré yo.

Y en efecto, en aquella feria, los toros, de puro mansos, apenas embestían. En cambio el torero, de puro bravo, se fué para ellos con un denuedo y una decisión formidables. El mismo Quinito, admirado de tanta gentileza, hubo de decirle al terminar la segunda de feria:

—Mira, niño, que los toros te han roto las dos tardes el vestido

A lo cual le replicó con entereza Victoriano, sin darle ocasión a poner el comentario:

—No importa. Me he traído otro terno para que me lo rompan mañana.

Había ido a eso. A arrimarse, embistieran o no embistieran los toros, como había prometido a su señor padre. Y ahí está el cartel que dejó en Sevilla este torero de Madrid y ahí quedó esa muestra de valor que puso en tensión a toreros tan curtidos como el veterano Quinito.

Victoriano tiene, y aquí está perfectamente definida su natural característica, una valentía estupenda y una serenidad ante los toros fría, tranquila, dominadora. Es, de los actuales toreros, el más deci-

LOS ASES DEL TOREO

dido intérprete de la línea recta. Arranca de su punto inicial y va derecho, sin desviaciones sospechosas y sin doblarse ni detenerse en el camino. Quizás por esta admirable cualidad que patentiza todo su carácter, tuvo algunos detractores: los defensores de la línea curva, que es la línea humilladora y cortesana al desviarse de su punto de partida. Pero Victoriano se impuso, como se impone siempre la línea recta, que es noble, que es pura, que jamás engaña porque va derecha al corazón. Victoriano es todo un torero, una figura grande del toreo actual. Sus lances de capa son de una emoción enorme; sus faenas de muleta escalofriantes y su manera de atacar en la suerte suprema perfecta, como cumple al matador de la línea recta. Este, pues, será su año completo, seguro, definitivo. Será el amo.»

De la temporada del 1923 no he podido reunir los datos completos, y le ofrezco al lector el fruto exiguo de mis búsquedas.

Empezó la temporada en Barcelona (Plaza Vieja) el 17 de marzo, con toros de Murube, y en el sexto alcanzó gran éxito.

El 22 de abril, en la misma plaza, estoqueó tres toros de los hermanos Gallardo (uno por haber sido cogido Méndez) y en los tres dió la nota de valiente y artista, escuchando grandes ovaciones.

Repitió en Barcelona, corrida de la Prensa, con toros de Miura, el 13 de mayo, y el primer toro le ocasionó una cogida que le impidió continuar la lidia.

Toreó en Madrid el 28 de junio, toros de Salas, y en el quinto estuvo temerario, y fué cogido, teniendo las asistencias que llevarlo a la fuerza a la enfermería en medio de una gran ovación.

Volvió a torear en Madrid en la corrida de la Prensa.

El 3 de agosto toreó en Valencia, sin que los toros salamanquinos le permitieran hacer gran cosa.

El 12 toreó en San Sebastián, con el santo de espaldas. Repitió el 19 en la misma plaza y resultó herido.

En Bilbao el 25 y 26, oyó muchas palmas, pero no dió su nota.

En Albacete tomó parte en las primeras tres corridas de la feria de septiembre, y una en la de Logroño.

En Madrid el 27.

No tengo la pretensión de haber dado ni siquiera la mayor parte de las corridas en que actuó *Valencia II* en 1923, pues por no haberse publicado el libro *Toros y Toreros*, el trabajo de recopilación de fechas resulta enojoso y difícil. Con estos datos sólo he querido dejar consignado que Victoriano Roger figuró en los carteles de las principales ferias en esa temporada que en sus comienzos fué de desconcierto en la torería por la lucha entre matadores, apoderados y empresas, figurando en los primeros meses *Valencia II* entre los «boyco-teados», por tener como apoderado a don Manuel Rodríguez Vázquez y por lo tanto imposibilitado de torear en plazas asociadas.

Esto, no obstante, así que recobró su libertad de acción, aun pudo contratar, un número relativamente crecido de corridas, llevando al cabo una excelente campaña por todos los estilos.

Su labor en 1924, queda reseñada en lo que mi colaborador *Don Ventura* escribió de *Valencia II*, en nuestro libro *Toros y Toreros en 1924*:

«Incidentalmente, al ocuparnos de su hermano Pepe, hemos dicho que éste es más completo que él, pero que en cambio Victoriano tiene más personalidad.

Débase ésta al sello propio que el artista adopta, unas veces *per se* y otras *per accidens*, y en cualquier forma, más en la primera, le da un distintivo para destacarse de los demás.

Valencia II lo tiene y, aunque torero corto, le basta para no confundirse con tantas figuras y tantos figurones.

LOS ASES DEL TOREO

Sus verónicas y, sobre todo, la media verónica y el natural por alto con la derecha, tienen en él un aire personalísimo, y con tan poco bagaje artístico ha logrado descollar.

¿Solamente con esto? Con esto solamente, no; sin duda alguna; no hubiera bastado esto si a su ejecución no hubiese incorporado una valentía, muy suya también, que se manifiesta en las demás fases de la lidia.

Valencia II es un torero valiente que tiene arranques y guapezas que llegan mucho al público; generalmente torea muy parado, y aunque no suele emplear la mano izquierda, el público no para mientes en este detalle si el diestro al trastear con la derecha clava los pies en el suelo, como acostumbra, y saca la muleta por el rabo de las reses.

Matando, aun estando valiente, peca de inseguro, pero este año hemos creído advertir en él más facilidad en dicha suerte.

La campaña que ha hecho ha sido buena en conjunto, y entre sus tardes triunfales es digna de mención honorífica la del 19 de junio en Sevilla, en cuya corrida, que fué a beneficio de aquella Asociación de la Prensa, realizó con Maera una labor, a dúo tan espléndida, tan rica en majezas y bizarrías que fué objeto de la admiración de los sevillanos y de los comentarios de la afición en general.

La cornada que sufrió en Madrid el 21 de abril, le hizo perder algunas corridas, ascendiendo el número de las toreadas a 29, a saber:

Abril: 21, Madrid.

Mayo: 17, Madrid; 29, Oviedo; 31, Cáceres.

Junio: 1, 5 y 8, Madrid; 9, Algeciras; 15, Barcelona (M.); 19, Sevilla; Barcelona, (A.).

Julio: 20, Barcelona (A.).

Agosto: 3, Coruña; 10 Santander; 11, Coruña; 15, 16, 17, 24, y 31, San Sebastián.

Septiembre: 9 y 10, Albacete; 14, Bayona; 21, Madrid; 22, Valladolid; 24, Barcelona (M.); 28, Valladolid; 30, Madrid.

Octubre: 3, Soria.

Inmediatamente después de esta última corrida, embarcó con rumbo a Méjico, donde se halla realizando una provechosa campaña.

Actuó en el festival del 11 de junio en Madrid en honor de las reinas de Italia y España.

En las 29 corridas estoqueó 63 toros».

En México conquistó un excelente cartel, porque también allí apreciaron sus características y hubo tardes en que tanto valor y tanta serenidad dejó asustados a los aficionados mexicanos.

Y con igual valor y con igual arte continúa llevando a cabo una notabilísima campaña, cuando estas páginas se escriben.

Tal es la historia hasta hoy del torero madrileño.

III

¡Victoriano Roger, tiene un carácter!...

Las gentes perdonan que se tengan dos o tres o más caracteres; pero ¡desdichado de aquel que solamente posee «un carácter»!... ¡Aviado está!... Siempre lleva la de perder; para él no hay equidad ni justicia; la razón está constantemente de parte de los demás y ha de someterse a lo que se les quiera imponer, abdicando de toda dignidad y amor propio o se le abandonará a su suerte, como cosa perdida. «¡Tiene ese carácter!»... ¡Es que tiene un carácter!...

Sí, ¡desdichado del hombre al que la gente le descubre un carácter!...

A Victoriano, *Valencia*, se lo han descubierto, y no los que lo tratan y alternan con él, sino las multitudes, las masas que forman el público, hasta las cuales han llegado, exagerados por la fantasía relatos y anécdotas que han creído ver confirmadas en un arranque en la plaza, en una actitud de arrogancia o desdeñosa, que en el fondo sólo es, las más de las veces, «un poner» del que con harta frecuencia no es responsable el hombre... Pero se le hace y, lo que es peor, el artista sufre las consecuencias.

Algo de eso le ocurrió a *Frascuero* y no fué poco lo que se perjudicó también, porque Salvador «tenía un carácter» asimismo y entonces como ahora lo mejor es no tener ninguno, o más de uno.

Ello es que de ese «carácter», cosa tan fuera de la voluntad del hombre, se ha querido hacer arma contra el artista, llevando la tenacidad cierta parte

del público, especialmente de Madrid, hasta espiar los movimientos y gestos del lidiador en funciones, con la malsana esperanza de descubrir una manifestación de ese malhadado «carácter» en el más inocente e involuntario de los ademanes, haciéndole dos veces ardua la tarea de conseguir el aplauso.

Claro que, no exigimos, porque sería absurdo exigirlo, que el espectador, en oficio de tal, juzgase al artista desdoblado en absoluto del hombre; «algo» que también es superior al juicio y al razonamiento se lo impide y así como hemos dicho, o querido decir, que *Valencia II* no es culpable de tener el carácter que se le atribuye, tampoco depende del espectador, del tipo medio del espectador, librarse de la influencia de la simpatía o de la antipatía que enturbia y perturba su buen sentido y da lugar a la pasión.

En la memoria de todo aficionado está que lo que eran excepcionales, únicas, cualidades de Joselito, acabaron por parecer otros tantos defectos; y verle tan fuerte, tan inteligente, tan seguro de sí mismo, fué bastante para crearle una aureola desfavorable, y se le tildó de engreído, de soberbio, por el solo hecho de que salía siempre dispuesto, en beneficio del público que era el que gozaba con ello, a ser el número uno.

Con esto queda demostrado que las multitudes han sido siempre iguales y sería ridículo pretender que ahora se modificasen; pero ya que no eso, al tratarse de emitir un juicio imparcial y desinteresado séame permitido hacer constar que a Victoriano Roger la leyenda que alrededor de él se ha formado le pone en el trance de haber de conquistar al público todas las tardes que se vista de luces y que sólo derrochando valentía logra disipar la atmósfera hostil de que se ve rodeado.

Sus repetidos triunfos tienen por lo tanto un doble mérito.

LOS ASES DEL TOREO

Los aplausos no los arranca una sonrisa amable, una actitud humilde, una mirada de reconocimiento; los arranca un arresto, un alarde de arte o de valor...

¡Compárese la diferencial!

Y ahora bien: si de su voluntad dependiera, ¿tan obtuso sería ese torero que no procurase modificar ese «poner» suyo que tanto dificulta sus triunfos?

No es de creer.

Y, por otra parte, si fuera verdad todo lo que la leyenda se atribuye, tampoco es verosímil que sus partidarios y amigos fueran tantos; algo verán en él estos últimos que desvirtúan lo que las hablillas se complacen en divulgar.

No hago más que conjeturar. Mi trato personal con él es tan superficial que, por mi cuenta, sólo puedo afirmar que las veces que con él he hablado me ha parecido un muchacho atento, respetuoso, y en el que nada delata el orgullo y la soberbia de que hablan las gentes.

¿Es que en visitas somos todos muy finos?

No lo sé, ni tiene gran importancia averiguarlo en estos momentos en que, si del hombre me he ocupado, es porque lo consideraba necesario para analizar al artista ya que, en el que nos ocupa, tanto influye aquél sobre éste.

La característica de *Valencia II* como torero es el valor, un valor «desdeñoso» que le hace pisar terrenos peligrosos y dar parones escalofriantes, con una impasibilidad, con una aparente indiferencia, que hace suponer un desconocimiento del riesgo, o que a éste le concede tan poca importancia como si en realidad no existiera.

Tal es la sensación que da.

Pero en el fondo no es valor a secas, o por lo menos no es valor inconsciente. Es el valor que transmite al ánimo la seguridad de que lo que se hace se puede

hacer, de que hay maña para dominar la situación. Y ese, ese, es el verdadero valor, como no me cansaré de repetirlo.

Valencia II no es el torero improvisado, atolondrado, que intenta al azar un lance; conoce su oficio, sabe lo que los toros reservan al que se arrima a ellos a tontas y a locas, y por eso sus alardes y arres-tos son los del artista consciente de todo lo que expo-ne; pero también de que al hacerlo cuenta con los medios de salir airoso.

Torea de capa quieto, inmóvil, muy cerca, y por un exceso de valentía, por dar la sensación marcadísima de ella, apenas si carga la suerte, no «manda», como ahora se dice; y ese es su defecto. Su media verónica es «suya», y por lo estatuaria, por lo arrogante, por lo ceñida, por el desprecio que parece hacer del toro, al que diríase que no tiene en cuenta, resulta ciertamente de una emoción indescriptible. En quites, poco variado, pero poniendo siempre a contribución su valor y su afán de palmas.

Con la muleta, ya se ha dicho que con la izquierda el pase que da con más frecuencia es el «natural por alto»; con la derecha ejecuta todos los pases, muy apretados, con soltura, con sello personal, como todo cuanto con el toro ejecuta.

Matador, su estilo no es seguramente de los más depurados, pero acomete con bravura y eso le hace dar muy amenudo grandes estocadas, porque no pertenece al número de los que, buenos toreros, sólo tra-tan de salir del paso en el acto final de la lidia.

En resumen: *Valencia II*, tal como es, con sus buenas cualidades, con sus defectos, tiene una personalidad relevante, y, como en páginas anteriores hemos dicho, eso justifica que al presente figure en las alturas del escalafón y sea uno de los matadores de toros que ven los públicos con más gusto, pues de él

LOS ASES DEL TOREO

esperan esa nota tan de su exclusividad, que difícilmente en ningún otro podría encontrar.

Y como en él hay juventud, afición, vigor y ganas de ser más, mucho más, puede ser todavía.

F I N

Junio de 1925.

UNO AL SESGO

Los Ases del Toreo

(3.^a SERIE)

Rosario Olmos — Braulio Lausín (Gitanillo) — Juan Anlló (Nacional II) — Nicanor Villalta — J. García Carranza (Algabeño) — Fausto Barajas — Manuel García (Maera) — Eugenio Ventoldra — José Roger (Valencia) — Victoriano Roger (Valencia II) — L. Fuentes Bejarano — A. Posadas — S. Vigiola (Torquito) — F. Peralta (Facultades) — E. Méndez — J. Paradadas — M. Baez (Litri) — J. Silveti — M. Agüero — A. de la Haba (Zurito)

0'30 PTAS.

Lea usted "La Novela Mensual"

Toros y toreros en 1924

por UNO AL SESGO y DON VENTURA — AÑO XX

Resumen histórico estadístico de la temporada de 1924 en España, Francia, Portugal y América.

Historial completo de las ganaderías bravas asociadas.

Un volumen de cerca de 300 páginas, 5 pesetas

EN PREPARACIÓN

Toros y toreros en 1925 - Año XXI

A los ganaderos, apoderados, diestros, etc., se suplica el envío de datos a los autores, *Rocafort, 159* y *Rocafort, 102*, respectivamente, *Barcelona*.

Los autores o editores de libros o periódicos de toros se servirán remitir dos ejemplares, para la sección bibliográfica de dicho libro.

Lea usted "La Novela Mensual"

Pedidos a Editorial Lux : Aribau, 26 : Barcelona